



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DE

Literatura y Artes

DIRECTOR D^ñ JOSÉ M^a ALCALDE.

Jarrones Hispanos Musulmanes
propiedad del Sr. Du. Ant. Muñoz Degraín



Inscripciones árabes de los mismos

ن.º 1.

(١) تبارك من ليله كل جنة في الربيع

(٢) ولا غالب الا الله

(٣) من حولها لا استعمر لو مغربها لا احكام الصلاة لا تقبل لشيا للطبيب الزمور لو ي وبن

لمن بتسيو نجر د فح من جيب ز صراء نسا لزواج مطهرة الجنة

ن.º 2.

(٤) بسم الله الرحمن الرحيم

(٥) للخابطة

(٦) غيا من تعجب الزمور وهي حسنة وايضنة كالحولسا و عمراء كالمغرب لرفع عيونك

الى السماء وتذكر جنة كاسلام

Núm. 43.—Málaga 25 de Setiembre de 1881.

SUMARIO.

Estudios de cerámica, por don Antonio Almagro Cárdenas.—La Capa, por don Juan J. Relosillas.—A mi hijo, (poesía) por la Srta. doña Pilar Gutiérrez de Teran.—El trabajo, (poesía) por don Francisco Jimenez Campaña.—Los apodos, por don V. Almagro.—Apuntes bibliográficos.—Notas.—Charada.—Acertijo.—Solucion.—Grabado.—Páginas en verso, por la Srta. doña Josefa Ugarte-Barrientos.

ESTUDIOS DE CERÁMICA.

DOS JARRONES HISPANO-MUSULMANES, (1)
PROPIEDAD DE
D. ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN.

Entre las diversas ramas de la ciencia arqueológica, distínguese la Cerámica, por ser la que presta fruto mas sazonado y numeroso á las elucubraciones y el estudio: El vaso, importante objeto de la vida humana en el que, cuando llega á cierta perfeccion, se reflejan y reasumen todas las artes; la pintura de que se reviste, la escultura con que se adorna, la arquitectura, segun cuyas reglas se construye, aparece en los primeros tiempos y vá marcando con las diversas formas que adquiere todas las vicisitudes de la existencia histórica del hombre.

Ya es entre los celtas y sus diferentes tribus, un objeto desprovisto de todo adorno y de forma pesada y grosera como las costumbres de aquellos pueblos; ya, poco despues, refleja en su silueta voluptuosa el espíritu sensual de los griegos, ó adoptando otro mas severo diseño, nos trae á la memoria el valor y la pujanza del pueblo romano; ya lo vemos engalanado con bellos caprichos de hojas y flores que copió de sus encantados jardines el chino y el persa; ó ya en fin, construido de los mas finos metales y de las piedras de mayor precio refleja en su esplendor y magnificencia, el alto fin á que, trascurriendo el tiempo, ha sido destinado; llegando, como ha llegado á ser el vaso, el sagrado objeto en que se celebran los mas altos misterios de la religion sacrosanta.

Pero si objeto de tanta importancia ha sido el vaso en la historia de todos los pueblos, tal vez como en la de ninguno lo ha sido el pueblo árabe. Viviendo la raza de Ismael en medio de esos desiertos cuyas arenas abrasa un sol tropical, ningun objeto le ha seducido y halagado tanto como el agua clara y fresca que venga á humedecer sus fauces abrasadas por los rigores de aquel sol. Por esta razon, en las poesías árabes desde los primeros tiempos, se oye hablar con preferencia de la nube que derrama con abundancia su fresco rocío, ó del anfora de agua con que el árabe mitiga su sed en las travesías por el desierto.

Rudo, tanto en costumbres como en artes, el ára-

(1) Preferimos la denominacion de hispano-musulmanes á la de hispano-árabes y á la de hispano-moriscos, que se adopta por algunos arqueólogos para señalar objetos de índole análoga, porque la poblacion mahometana de España y especialmente en los últimos tiempos de su dominacion, á cuya época como se vera en el trascurso del trabajo, pertenecen los objetos de la presente monografía, no estaba constituida en su mayor parte por el elemento árabe genuino ni solo por el mauritanico, sino que en ella entraban todos estos elementos en partes diferentes, viniendo á constituir entre todo el conjunto que solo podemos denominar si hemos de ser exactos, hispano-musulman.

be de los tiempos anteriores á Mahoma, no produce en la cerámica cosa digna del estudio del artista. Sus producciones, tanto en este como en los demás ramos del arte, son posteriores á la predicacion del Islamismo. Lanzado el árabe sobre las principales ciudades del Asia, el Africa y la Europa y habiéndolas hecho suyas, viene á reemplazar la vida cívica á la existencia nomada de los primeros tiempos y el vaso, antes pobre anfora ó misera vasija de barro, es hoy objeto lujosísimo en el cual, aunque formado con los procedimientos cerámicos de aquellos pueblos donde se vá extendiendo la dominacion árabe, y especialmente del persa, se refleja en su dibujo, de brillantes colores y adornos el número fantástico que distingue y caracteriza al habitante de la Arabia. Desde este día el vaso viene á ser cada vez objeto de mayor predileccion para los árabes ya silamisados. El es el principal y mas bello adorno de las estancias, viniendo á animar la monótona y prolongada recta de las paredes con su graciosa silueta. (1) Él las perfuma con el aroma de las flores que su fresca y húmeda cavidad mantiene sin marchitarse. El dá al musulman el líquido necesario para practicar las abluciones prevenidas por la ley de Mahoma. Vemos pues claramente que el vaso ya en los tiempos anteriores á Mahoma; ya en los del Islamismo, ha sido un objeto á que los árabes han profesado especial predileccion. Pues bien, esta predileccion ha hecho que los artistas musulmanes, pongan su conato en dar mayor perfeccion á esta clase de objetos y que en ellos como en ningun otro se refleje la índole genuina y el talento del génio creador; de donde se deduce que si en todos los pueblos el estudio de la cerámica sea de utilidad grandísima, lo sea sin tasa el de los objetos de cerámica árabe.

Estas consideraciones y nuestra especial aficion á los estudios arábigos, engendraron en nosotros la idea de escribir algo sobre la cerámica de este pueblo, deseo que no se ha llegado á realizar por falta de objeto (pues los ejemplares de cerámica hispano-musulmana son bien escasos) hasta que, habiendo visto los dos notables vasos que posee nuestro querido amigo el reputado artista señor Muñoz Degrain, encontramos ya ocasion de realizar nuestro pensamiento y nos decidimos á formar estos ligeros apuntes.

Para que la brevedad de los mismos no ceda en perjuicio de la claridad, dividiremos ante todo nuestro asunto y de este modo será comprendido mas fácilmente. El presente artículo siguiendo la costumbre adoptada en los trabajos de igual índole se divide en dos partes: 1.ª histórica en que se dá á conocer el origen de los dos ejemplares de cerámica y 2.ª descriptiva en que se hacen notar sus caracteres mas dignos de estudio.

I.

Entrando en la primera parte del trabajo nos hacemos esta pregunta. ¿Dónde han sido fabricados los dos jarrones objeto de nuestra monografía? y responderemos: si á sus caractéres nos hemos de atener, estos fueron construidos en alguna fábrica de Granada.

Pero hé aquí que, en este punto, nos sale un arqueólogo al encuentro y presentándonos ciertos testos de Ben-Batuta en que se habla de las fábr-

(1) Los jarros de grandes dimensiones y con esmalte, servían generalmente para adornar las habitaciones en las que se sostenían en tripodes perfectamente tallados, ó mesas caladas. Otros más pequeños y sin esmalte, servían para conservar el agua fresca y se colocaban en primorosos nichos abiertos en los lados de las puertas

cas de alfarería de Málaga y no se nombran las de Granada (1), nos dice que en esta ciudad no las hubo y por lo tanto que no pudieron ser en ellas construidos.

Pues bien, á este arqueólogo vamos á dedicar algunos renglones, que son como el preliminar de la primera parte, para demostrarle que hubo y no una sola fábrica de este género en Granada.

En primer lugar el silencio de un autor nada prueba, sino su negacion ó afirmacion espresa, y si de que Ren Batuta no hiciera mencion de las fábricas de alfarería de Granada se hubiera de deducir que en esta ciudad no las hubo, á no haber existido Ben-Batuta, del silencio de otros historiadores que no nombran las de Málaga, podríamos tambien deducir que no las hubo en esta última poblacion.

A parte de esta razon con que se demuestra la falta de lógica de que adolece la opinion que refutamos, hay hechos y descubrimientos que vienen á patentizar la nuestra hasta lo sumo y dejan á la contraria completamente destruida y son los que apuntamos á seguida:

1.º El haberse encontrado en el sitio que se conoce en Granada con el nombre de *Campo del Principe*, en una escavacion practicada cerca de la casa que llamaban los moros de *Kadi*, restos de un horno de vasijas de barro y, diseminados por aquel lugar, algunos fragmentos de las mismas ya amasados, modelados y cocidos.

2.º El haberse dado el nombre de *Bib-Alfajarin* ó *puerta de los Alfajeros* á una de las de la ciudad situada en el arrabal del mismo nombre.

3.º El haber encontrado en los documentos del archivo de la Alhambra datos por los cuales venimos en conocimiento de que en el campo de los Mártires habia una fábrica de azulejos. Y precisamente, en el citado campo, se han encontrado fragmentos ahuevados con esmalte, que solo pueden ser de jarras ú objetos semejantes, cuyos fragmentos pueden verse en el museo de la Alhambra donde se conservan.

4.º El nombre de *Alfaear*, que no significa otra cosa que Alfarería, siendo de suponer que en este lugar, cercano á Granada, hubiera otra fábrica del mismo género.

5.º La multitud de fragmentos de vasijas morunas de barro de todas clases, lisas ó labradas, con esmalte y sin él, que se encuentran en grande abundancia en determinados parajes de Granada y que indican haber existido en ellos elaboracion de análoga clase de objetos.

No creemos necesario aducir mas razones para probar que hubo en Granada fábricas de Alfarería y dando pues por sentado y probado este dato, pasamos á demostrar que de ellas proceden los dos ejemplares de que nos ocupamos.

II

Se funda esta nuestra opinion en las razones siguientes:

En primer lugar el modo y la materia de la construccion de los vasos. En cuanto á la materia, el barro con que están construidos es una mezcla de la arcilla ferruginosa del cerro del sol y la estagnifera del rio Beiro, mezcla que se encuentra en otros fragmentos de índole análoga, hallados en Granada. Respecto al modo, se observa que ambos á dos han sido hechos por el procedimiento peculiar granadi-

no que consiste en revestir el barro de barniz, que luego se convierte en esmalte, y no introducirlo en el fuego sino una sola vez, á diferencia de lo que se hacia en otras partes, en Valencia por ejemplo, que despues de cocido el barro, á lo que se llama hacer el bizcocho, era revestido de dos ó tres capas de esmalte.

Tambien es de notar, en los ejemplares de que hablamos, la carencia completa de colores vivos metálicos, lo que tambien se vé en el famoso jarron encontrado en la sala de las Ninfas de la Alhambra y que se conserva en la actualidad en el museo de dicho histórico alcázar, el cual del propio modo carece de reflejos metálicos, dato precioso que sirve para distinguir los ejemplares de la cerámica musulimica granadina de las demás, como v. g. de la cerámica malagueña, pues en las fábricas de esta ciudad se usaban los dichos reflejos, como pueden observarse en el jarron que poseyó el tan ilustre artista don Mariano Fortuny.

Luego los objetos á que nuestro estudio se refiere fueron fabricados en Granada. Queda pues concluida la primera parte del presente trabajo que se refiere á la procedencia de los vasos y pasamos á la segunda, ó descriptiva, en que se hacen notar los caracteres mas dignos de estudio, parte que tiene tambien algo de histórica, pues del estudio de los mencionados caracteres, sacaremos sin argumento mas que confirme la opinion emitida sobre el origen de los jarrones y en esta, tambien completaremos la primera, dando á conocer las épocas de su construccion. Procedamos pues al examen detallado de nuestros dos objetos de cerámica.

ANTONIO ALMAGRO CÁRDENAS.

(Continuará.)

LA CAPA.

(ARTICULO DE INVIERNO.)

El verano vá ya de *capa caída*. Estas mañanitas frescas que ahora se estilan, exigen una literatura de abrigo.

Bajo la capa del cielo, no hay un país que use capa mas que esta España adorable, donde el *capeo* produce tan buenos cuartos. Los franceses se abrigan con gabanes, carriks, bufandas y Monte Cristos. Los ingleses añaden algun manton escocés á la indumentaria de invierno de las demás naciones. Solo los españoles podemos *hacer de nuestra capa un sayo*, dado que somos, tambien, el único pueblo á quien se puede *tomar de capa*.

Aquí donde los gobiernos se ponen antiguos, y los sombreros se desacreditan con aterradora frecuencia, la capa, consecuente con ella misma, apenas si se permite variar el color de sus vueltas, y sigue siempre la misma, inmutable, caritativa, dando calor al que lo ha menester, por un precio módico hasta cierto punto.

La toga romana, el alquicel árabe y el manto régio, han dado algo de su ser para que la capa tome el suyo. Muy pocos personajes que piensan, pueden envanecerse de un origen tan distinguido como el de esa prenda que abriga.

La muerte tiene un enemigo poderoso en la capa, y gracias á ella se *capea* un temporal y se dá un salvador *capotazo* al berrendo que busca el hulto con intenciones depravadas.

En toda capa hay un billete de banco; porque es necesario que esté en muy mal estado, para que los prenderos que no responden de polilla dejen de dar por ella cinco duros de empeño.

(1) El célebre escritor árabe Ben-Batuta habla en sus obras de las fábricas de vedriado de Málaga, en cuya ciudad estuvo, sin que haga mencion al hablar de Granada de las de igual género que hubo en dicha ciudad.

En las grandes solemnidades la iglesia echa mano de la capa. Hasta la literatura se resentiría, si se suprimieran las comedias de capa y espada.

Particularmente las pulmonías, odian de todo corazón la capa, que les sale al encuentro con sus protectores pliegues, que así ahuyentan el catarro, como preservan de la lluvia, como libran del médico.

La capa es el emblema de la modestia. ¿Quién no sabe aquel refrán que dice, que *debajo de una mala capa puede haber un buen bebedor*? Como medio espeditivo de resolver graves cuestiones, la capa, porque sabido es que *quien tiene capa escapa*.

Cuando una prenda está tan ligada á la historia y á las costumbres de un pueblo, como á la capa sucede con la vida y la historia de Andalucía, suprimirla equivale á borrar del mapa toda una región.

Pueden existir andaluces que no *ceceen*, que no sepan cantar flamenco; pero de seguro no los hay que no hayan llevado sobre los hombros una capa mas ó menos fiada.

Se puede suprimir la luna que hace á Andalucía el favor de enseñarla su cara bondadosa; se puede prescindir de la guitarra, ya que las penas cantadas pueden muy bien acompañarse con suspiros; posible es que al pie de la reja misteriosa, altar que el amor levanta á esas diosas modestamente vestidas de percal que se llaman novias, haya enamorados que estén mal de cuartos; pero no es verosímil, ni posible, que un andaluz que ama por la noche en pleno invierno, jure en cuerpo un amor que dura tanto como el frío; esto es, algunas semanas.

Y ¡qué escenas tan conmovedoras suelen ocurrir debajo de las capas! Unas veces los majos decadentes ocultan bajo la capa el mal estado del pantalón; otras, so pretexto del aire helado, suben el embozo para disimular la ausencia de camisa presentable; y otras calientan al verano mismo, bajo la forma de levita de alpaca, endeble máquina de hacer reuma que suelen tolerar los que no tienen crédulo sastre.

¿Se trata de dar y tomar puñaladas? pues la capa sirviendo de flotante escudo, puede salvar la vida. En la derecha el hierro centellea y vibra; en la izquierda, la capa para los furiosos golpes; en ella inuerde el filo del arma enemiga, en ella se emhota la punta del puñal que buscaba ansioso el corazón. En esta lucha de titanes ébrios, la capa tiene ministerio caritativo y propio: casi merecía ser sócía de honor de la Cruz Roja.

Pues cambie Vd. de prenda; coloque usted en el brazo de los combatientes un pardsú ó un chaquet de tricot. Dejarán de ser plásticos, estatuarios, bellos, para ser sencillamente cursis. Aquiles con fusil de aguja y Francisco Estéban, el Guapo, con guarda-polvo forrado en seda, renuncian á su condición de héroes, para convertirse en dos mamarra-chos.

La capa todo lo tapa. El cuerpo anguloso del estevado y las líneas burdas y grotescas del obeso, hallan bajo el amparo paternal de la capa disimulo á sus imperfecciones. Así como no hay mujer que deje de tener algo elegante, no hay encapado que no tenga algo de Apolo... *flamenco*.

Figúrese usted que llueve á la salida del teatro; la capa puede servir de impermeable palio de la galantería, bajo el cual llegue á su casa libre de los ultrajes del aguacero, la mujer amada que se ha puesto de veinticinco alfileres, para ir á temblar mientras representa Vico «El nudo gordiano.»

Dejemos aparte la capa urbana, la capa que pasea por las calles de la ciudad su elegancia de paño de Segovia, y vamos al circo taurino.

Desde el momento en que suena el clarín y

aparecen las cuadrillas en la arena, la capa se apodera de la situación y reina de un modo absoluto.

Frascuco artísticamente envuelto en su capa, *Lagartijo* arrebujaado con gracia en la suya, y la demás gente de á pié liada en capas que brillan al sol y envían rabiosos destellos á los tendidos, escriben por este solo hecho el elogio de la capa torera. César cayendo cubierto con su toga, no es mas pictórico que Rafael luciendo un lujoso capote de paseo, con cuyo valor tendria para vivir dos años una familia entera.

Luego empieza la faena. El rabioso cornúpeto cegado por la ira y atraído por la encendida grana de la capa, arremete inconsciente, y así es como una tan débil cosa como la capa, se burla de quinientas libras de carne colérica.

El que tiene capa no puede ser jamás un desamparado. Mientras otros tiritan en cuerpo gentil, él tiene en su compañera los medios de desafiar los rigores de la intemperie; mullida cama, y confortable abrigo.

Las hay de todas clases; desde la capa elegante, corta, airosa, del hombre jóven, hasta la capa pesada, larga, inmensa, de cuello prolongado, que usan los varones chapados á la antigua, media un mundo de colores, de formas y de pesos.

La capa del novio, tiene algo de velo virginal... masculino y perdonen ustedes la exageración. La capa de las grandes solemnidades que se ponen en los pueblos el alcalde que preside la función religiosa en pleno Agosto y el padrino de boda, aunque la canícula esté en toda su hidrofóbica pujanza, es mas un símbolo que una prenda de vestir.

La guardia civil es tan simpática y tan respetable, porque ha sabido hacer de la capa su uniforme. Para ser San Martín emblema de la caridad, tuvo que partir su capa con un pobre.

Y tanto amo y venero la capa, que si yo me encuentro dentro del hábito mortal del casto José, tal vez hubiera caído en libidinosa falta, antes que dejar mi capa en manos de la bíblica pecadora.

Por evitar lances tan pesados, es por lo que no usa capa este humilde servidor de ustedes.

JUAN J. RELOSILLAS.

LOS APODOS.

Una de las primeras tareas de nuestro padre Adán en el paraíso fué, según los libros santos nos cuentan, la de dar nombre á los animales. Esto se explica fácilmente: abortó y confundido el rey de la creación ante las infinitas maravillas que la pródiga mano del Omnipotente habia á sus piés derramado, paréceme que le veo contemplarlas una á una con ávida curiosidad, paseando tranquilamente por do quiera su reverendísima persona. Tienta una rosa aquí, huele una flor allá, prueba allí una fruta, arranca acullá un planta, y hace, en fin, todo lo que hará un niño revoltoso á quien por primera vez se suelta en un jardín, con la ventaja de no tener un picaro guarda que con la escopeta le amenace ó le asuste con el *bú* de la leonera. Pero un hombre sin zapatos ó alpargatas dando vueltas por un terreno virgen é ignorado, no anda mucho sin fatigarse: esto, unido á que «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de la fuente y la quietud del espíritu,» son grande parte para que los más desvelados cierren herméticamente los ojos, fué tambien causa de que nuestro padre Adán se quedase dormido como un tarugo hasta el punto de no sentir que le arre-

ALBUM.

A MI HIJO.

Con qué placer la brisa
Perfuma tu cabeza,
Tus rizos de oro mece,
Tu pura frente besa.

Con qué placer las flores
Te brindan sus esencias,
Cuando á tu lado pasan
Y hermoso te contemplan.

Con qué placer el lago
Tu imagen hechicera
Llena de luz y encantos
En su cristal refleja.

Con qué placer el ángel
Te vé sobre la tierra,
Como trasunto bello
De su ideal pureza.

Mas no hay placer mas grato
Ni realidad mas tierna,
Que el que tu madre siente
Cuando te abraza y besa.

PILAR GUTIERREZ DE TERAN.

EL TRABAJO.

De los vientos azotado,
Perseguido de las fieras
Deja el hombre las riveras
Del rio en mar transformado;
Ciudades levanta osado
Donde el aire no le ultraja
Y al tigre indómito ataja;
Mas, cuando busca el placer,
Vé las ciudades caer
Y Dios le dice:—Trabaja.—

Y en vano quiere altanero
Soltar la Cruz que le abruma;
Porque es el trabajo en suma
El aire en que vive fiero,
De la vida el ruin sendero,
La mar que cruza potente,
Su inteligencia indigente,
Su memoria expuesta á error
Y la gota de sudor
Que surca su noble frente.

Esclavo en prision oscura
Que inútilmente forceja
Por romper la dura reja
Que lo rinde y lo asegura,
Es cuando el placer apura.
Mas si en humildad profundo
Se dá al trabajo fecundo
Quebranta sereno y bravo
La cadena del esclavo
Y dominador del mundo.

Miradlo allí con afan
Abriendo el surco en la tierra,

Donde el rubio grano encierra,
Que de un pueblo será el pan;
Los aires buscando están
Sus canas de blanca plata,
Las aves que amor desata
Le cantan como querubés
Y el sol le forma con nubes
Aureola de escarlata.

Mirad allí un mar remoto;
Mece orgulloso en sus olas
Gayas naves españolas
Que dan vista á un mundo ignoto;
Rugé el bronce y brama el notó,
Deja el isleño la orilla
Y allá dobla la rodilla,
Cual prestando adoracion
Al gran Cristóbal Colon
Que une aquel mundo á Castilla.

Miradlo allí: dulce arranca
Al arpa notas divinas;
Por regiones peregrinas
Su inspiracion vuela franca;
Y la luz radiosa y blanca,
Que va esparciendo constante,
Será corona brillante
Con que en la mansion feliz
Ciña augusta Beatriz
Las castas sienas del Dante.

Miradlo allí: de la altura
Celeste arcángel le inspira;
Su vista vaga delira
Mirando tanta hermosura.
Brotan de su frente pura
Gotas de ardiente sudor,
Gotas que son el fulgor
De los ojos de almo brillo,
Que la Virgen de Murillo
Divina eleva al Señor.

—Hombre, que en el viento ves
Al águila alzar el vuelo,
La nube que toca al cielo
Sirviéndole de paves;
Rinde el ocio ya á tus piés,
Agita las blancas alas
Del alma y presto resbalas,
Libre del pesado hastío,
Por el espacio vacío
A admirar del sol las galas.

Trabaja, aunque el mundo insano
Llene tu senda de abrojos;
Porque el llanto de los ojos
Acaba en el mundo vano;
Lleva á la ciencia tu grano
De arena entre las gigantes
Obras de géneos brillantes
Sin miedo al vulgo rastrero,
Aunque vivas como Homero
Y mueras como Cervantes.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

bataban una costilla. Aunque acá para *inter nos*, yo creo que el truchiman debió sentirlo y se hizo el sueco conociendo que de aquella *extraccion* le iba á resultar el premio grande, la mujer.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que nuestro primer padre hubiera estado á cada paso cayendo y levantando de sueño, si antes de gozar de la vista de su hermosa compañera no hubiese en su soledad buscado un entretenimiento con los únicos seres animados que le rodeaban. Hé aquí por qué tuvo un rato de solaz y conversacion con los cuadrúpedos. El entretenimiento no es tan malo como á primera vista parece; hoy día no se desdennan de hacer lo mismo los hombres del mas alto caletre y las damas mas emperifolladas. ¿Quién no ha dirigido la palabra á un caballo? ¿Quién no ha acariciado un cordero? ¿Qué mujer sensible no ha besado un perrito? ¿Qué extraño, pues, debe parecerse, que el marido de Eva jugara con los animales, mucho más siéndole todos dóciles y sumisos, y ninguno dañino ni fiero?

Adan los reunió á todos en congreso, aprobó el acta de la sesion anterior y pasó á ocuparse de sus nombramientos, examinando como el mejor zoólogo moderno sus mas distintivos caracteres, y dando á cada cual el nombre que ha venido conservando hasta nuestros dias.

¿Y por qué no han perdido ese nombre? Porque no podian perderlo, porque el nombre es tan indispensable, que sin él no se concibe apenas cosa ni animal alguno, porque como ha dicho Espronceda,

.....el nombre es el hombre,
y es la primer fatalidad su nombre.

Por eso la primera operacion de nuestros padres es, al nacer, hacernos recibir el bautismo, ponernos un nombre llamado de pila que se añade á otro que pudiera llamarse de pilon y se llama de familia. Y ha llegado á ser tal la confusion introducida en el mundo con el crecimiento y desarrollo de las poblaciones, que no se contentan con ponernos un nombre, nidos, sino que algunos cargan con el almanaque entero, y aun sucede que tropiezan con otro bienaventurado que le plugo en mal hora adornarse con los mismos.

Los hombres son insaciables; quizá haya seis mil nombres en el calendario y aun se ha echado mano de los *apodos*, ó sea sobreapellidos que se aplican á ciertas personas, tomados de estas ó las otras circunstancias que en ellos concurren...

Los apodos son tan antiguos como el mundo, pues en realidad en nada se distinguen de los nombres. Estos todos espresan tambien una circunstancia especial de la primera persona que los recibió. *Adan* fué así llamado por Dios porque ese nombre significaba la *tierra* de que habia sido formado; *Eva* llamó tambien á la primera mujer porque habia de ser *madre* de todos, y Abel al que habia de sufrir una triste *desgracia*. Lo mismo acontece con los nombres de las divinidades mitológicas, y examinando los de nuestros santos del cristianismo, si bien en unos no está patente su significado á nuestra poca erudicion, en otros puede el mas topo descifrarlo. Los nombres de Timoteo, Teófilo, Teodoro y Crisólogo y otros son para el que sabe griego (yo no lo sé) tan claros como para cualquiera los de Cándido, Silvestre, Perfecto, Plácido, Bárbara, Prudencia, Homobono, etc., etc.

Los apodos se diferencian de los nombres, á mi ver, solamente en que los últimos se los dá uno á sí propio, y atiende de buen grado al que con ellos le distingue; mientras que los primeros son tambien nombres, pero no consentidos por uno, sino que á la fuerza han sido por el prójimo colgados á

nuestras espaldas. Por lo demás, si nos parecen ridiculos es porque no son invencion nuestra, y porque generalmente espresan una idea que nos martiriza y nos rebaja.

Los nombres tienen en su favor y abono la prescripcion; la costumbre nos los ha hecho aceptables, pero muchos habrá que á saber su verdadero origen nos serian mas bochornosos que el apodo mas picante. Todavía puede esto decirse con mas razon de los apellidos, entre los cuales, si hay algunos favorables y de noble principio, la mayor parte parecen motes y apodos nacidos de causas fútiles ó de sangrientos epigramas. Voy á citar ejemplos, y si algun lector observa entre ellos su apellido, haga la vista gorda y no se pique por formas inocentes. Los apellidos Blanco, Moreno, Rubio, Negro y Rojo que existen son harto sencillos y de origen bien transparente, así como los de Calvo, Delgado, Garrido, etc., etc. Otros adquieren el apellido del oficio ó cargo que desempeñaban. así hay Zapatero, Labrador, Cubero, Monedero, Barbero... Otros lo tomaron del lugar de su nacimiento, otros llevan nombres de animales como Zorrilla, Cordero, Gato, Cuervo, Macho y Vaca. Diganme los lectores si estos apellidos no son apodos, y sin embargo, los sugetos que los heredaron sufren con resignacion la carga, y aun se atreven á plantarlos en finas targetas, en periódicos y guias, y aun acaso justamente con ellos se envanecen.

Todo el mundo sabe el papel que los apodos representaron en la antigua Roma. Los mas notables escritores y jurisconsultos no son mas conocidos por ellos que por sus verdaderos nombres. *Plauto* llaman al ilustre cómico por el único delito de haber nacido con los pies bastante anchos; *Labron* llamaron á un célebre jurisconsulto por tener labios de marca mayor ó lo que vulgarmente se dice *morro*; y nadie ignora que el principe de la oratoria latina heredó el apodo de *Ciceron* de uno de sus abuelos que tenia una especie de garbanzo en la nariz.

Los apodos han existido y existirán en todas las naciones, porque son armas que la sátira esgrime, y la humanidad es esencialmente satírica y burlona. La sátira penetra lo mismo en los palacios que en las cabañas; y por eso ni los mismos reyes se han visto exentos de ridiculos apodos, no solo en nuestros dias en que ya nada nos asusta, sino cuando aun disfrutaba de todo su auge y veneracion la autoridad régia.

La historia ha motejado á muchos con los epitetos de Fulano el Simple, Zutano el Gordo, tal el Impotente, etc., etc.

En nuestro siglo los altos funcionarios del gobierno, los ministros, los diputados, literatos, actores, y en general todos los hombres públicos han sido públicamente zaheridos en periódicos ó folletos con los apodos más ó menos picantes é ingeniosos; sin que por eso los hombres privados y particulares hayan dejado de ser tambien particularmente apodados, pues el imperio de los apodos es tal que á todos llega y por do quiera se extiende y se propaga. El jefe de una oficina puede estar seguro de que sus subalternos no se han olvidado de ponerle un apodo; el catedrático puede jurar á cierta ojos y apostar mil contra uno á que sus discipulos le dieron el correspondiente mote desde el primer dia del curso; el dueño de una casa oirá el suyo á los criados, si por su mal escucha á hurtadillas; la maestra de un taller de modistas debe estar convencida de que lo menos tiene tantos apodos como alumnas ó aprendizas; el sargento de una compania no debe ignorar que para los soldados es un artículo de la ordenanza el designarle con uno bueno; y, en conclusion, la grave y pacífica abadesa podría

sin escrúpulo de conciencia afirmar que sus hermanas no la han dejado libre de algun malicioso apodo.

Si os presentan en una tertulia, por elegante que sea, os encontrareis á la segunda noche con él, y advertireis desde luego que los demás contortulios padecen de la misma pena. Los vecinos de vuestra casa os habrán puesto uno, los de la de enfrente otro, las niñas de una calle por donde vuestros negocios os hagan transitar á menudo os habrán dado otro; y en los paseos, si salís sin él de las garras de los conocidos, os habrán puesto cien las personas estrañas.

Una sola ventaja traen consigo los apodos en Madrid, efecto del carácter de la misma sociedad madrileña, y es que ni son duraderos, ni se os espetan en vuestras mismísimas barbas. Lo contrario sucede en los pueblos. Allí están en su centro los apodos: son vitalicios y aun hereditarios hasta la quinta generacion; desde niños los llevais y no los abandonais hasta el sepulcro, despues de haberlos oido á todas horas con santa paciencia en boca del pueblo entero y de los pueblos limítrofes.

La licencia en esta parte llega hasta el punto de que olvidados completamente los nombres de la partida de bautismo, hay personas que solo por sus apodos son conocidas, y con ellos figuran en las listas oficiales y en las cartas que se les dirigen. Curioso y divertido en extremo seria el investigar el origen, causas y propagacion de esa multitud de apodos tan grotescos y tan estrambóticos que por las aldeas y lugares circulan; pero las mismas victimas no pueden acaso decirlo porque no lo saben. De la noche á la mañana se encontraron con ellos sin poder asegurar de dónde vino el tiro, y los han visto comunicarse con la celeridad del relámpago.

Rara vez, ó por mejor decir, nunca, dejan los apodos de convenir á las personas que se asestaron, porque el pueblo tiene un instinto especial para darlos, y porque solo cuando son propios y bien adecuados, y no se despegan del sugeto, agradan y se imprimen en la memoria de todos.

Los apodos son una protesta viva y permanente contra los nombres cuando los primeros se lanzan sobre la frente de un individuo, desalojan y destieran á los segundos como si quisieran decirles: «alejaos de aquí, vosotros que no sois, como debiérais serlo, la idea característica de la persona; nosotros la definiremos mejor, seremos su fiel y genuina representacion.»

Y en efecto, los nombres nos sientan casi siempre como á un Santo Cristo dos pistolas ó como á un ángel una espada, y algunas veces son hasta la antitesis y la contradiccion en todo. Yo conocí á una andaluza llamada María de las Nieves, á quien mejor hubiera cuadrado el nombre de María de las Asevas. Lo propio acontece con los apellidos. *Borrero* se apellida quien no tiene nada de aquel animal, y *Cumplido* denominaban á un amigo mio que dió cien mil palabras de casamiento y no cumplió ninguna. Y es que los nombres y apellidos por milagro podrán convenir al que los lleva; como no podrán tampoco convenir á nadie los retratos que de él hiciese un pintor antes de conocerle, como no podrán corresponder ni caer bien á una persona los vestidos que se hicieron sin tomar medida. Los apellidos, única cosa que yo he heredado en toda mi vida además del pecado original, lo único que heredamos los pobres, los apellidos son casi siempre inoportunos é inconvenientes como los títulos de nobleza que de manos de un hombre ilustre ván á parar entre las uñas de un malvado.

De aquí indudablemente el origen de los apodos que tienden á dar á un individuo la calificacion que merece; de aquí que sean tan comunes que nosotros mismos nos los ponemos muchas veces cuan-

do queremos encubrir nuestros nombres ó darnos uno que esté en consonancia con la figura que deseamos representar, lo que se prueba en los *seudónimos* que tan en boga están en el dia. *El tio Camorra* se puso á sí mismo un poeta satírico, porque quizá presumió que así debia haberse llamado desde la cuna; y *Fray Gerundio* se puso otro porque se propuso ser un jocoso predicador politico. Yo no me he puesto *mote* ni *apodo* ninguno; los lectores me darán el que les plazca. Entretanto firmaré este articulo, como en otros lo hice, con la inicial y el apellido de

V. MARTINEZ.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

ARPEGIOS (1)

Toda la prensa local ha dedicado estos dias sueltos á nuestro querido amigo don Ricardo Cano Martin, dando su opinion sobre el último folleto de poesia confeccionado por éste, al cual ha dado el titulo de «Arpegios.»

Quizás seamos nosotros los últimos en dar tambien nuestro parecer acerca de la citada obra y vamos á emitirlo con el mayor gusto.

Si tratamos de ceñirnos á lo que ya digeron los demás, claro es que nada nuevo tenemos que añadir á lo objetado, puesto que todos vienen á recomendar á nuestro amigo lo mismo precisamente que nosotros le recomendamos, cual és; mas originalidad en los pensamientos, mas novedad en los giros y más correccion en la forma.

Ahora bien: tras esas composiciones del novel autor, donde campea la inesperienza propia del que hace sus primeros ensayos; tras esas poesias decimos, subjetivas en su mayor parte, donde solo se vé la expresion de la amargura y del constante sufrimiento, ¿se descubre, ó por mejor decir, se adivina al poeta futuro de alto vuelo y grande inspiracion, capaz de acometer grandes empresas, una vez poseido de las tendencias y aspiraciones del siglo? ¿se vislumbra al poeta de elevadas facultades, que fijándose un ideal, venga á contribuir con sus esfuerzos al perfeccionamiento de la sociedad?

Creemos que sí, y buena prueba de ello és el adelanto que de dia en dia se nota en nuestro amigo.

Por otra parte, la Lirica moderna no admite en su seno sino á poetas de probable magnitud, que con su influjo poderoso tiendan á la mas pronta regeneracion de nuestras ideas.

La Poesia, como todo cuanto lleva el titulo de Arte, ha sufrido en estos tiempos la transformacion mas completa.

Puede decirse que el Olimpo ha dejado de existir.

Las sublimes fantasias que en época aun reciente constituian el bello ideal del mayor número de los poetas, han venido á trocarse en la realidad, mas sóbria si se quiere, pero tambien la mas adecuada á las exigencias y propósitos de las modernas sociedades.

Hoy, por decirlo de una vez, elige el poeta para sus inspiraciones asuntos donde la utilidad ó la enseñanza viva enlazada dulcemente con la belleza.

Impulsándole á que penetre por este camino, solo nos resta recomendarle á nuestro jóven amigo

(1) Un folleto de 94 paginas. Véndese al precio de seis reales en todas las librerías.

lea y estudie más á los buenos autores contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros, que á los clásicos españoles, tales como Fray Luis de Leon, Rioja, Garcilaso, Argensola, etc., de los cuales se muestra tan apasionado, que constantemente se descubren en su libro marcadas reminiscencias de aquellos.

Véase ahora, concretándonos á las poesías que contiene el libro de que tratamos, si la siguiente demuestra las buenas condiciones que don Ricardo Cano posee para el cultivo de la literatura.

Titúlase *Contrastes* y la creemos la mejor del libro, si bien no peca de original.

Dice así:

Me preguntas qué es amar.
Y en verdad que no lo sé;
Que el amor lo imaginé
Como nunca lo he de hallar
Soñé el amor como el lago
Cuando al soplo de la brisa,
Su azulado cristal riza
En ondulaciones vago.
Lo soñé, como la flor
Que al abrirse seductora
Muestra su faz á la aurora
Encendida de rubor.
Lo soñé, como el riachuelo
Brillante cinta de plata,
En cuya linfa retrata
Su azul purísimo el cielo.
Lo soñé como la mar
Cuando serena y sin bruma,
Arroja su blanca espuma
La oscura playa á besar
Pero ¡ay de mi sueño fué,
Como es sueño cuanto es grato;
Fué más, fué sueño insensato
Aquello que yo soñé.
Pues cuando de gozo lleno
De mi sueño al dulce halago
Miré al trasparente lago...
¡Hallé un fondo de cielo!
Busqué entonces las divinas
Realidades del amor,
En el seno de la flor...
¡Y me hirieron sus espinas!
Corri con afán ardiente
Al arroyo cristalino,
Y se opuso á mi camino...
¡En desbordada corriente!
Loco junto al mar llegué;
Y ¡última ilusión! el mar
En horrible batallar
Con el viento lo encontré.
¡Ay! ¿qué es entonces amar?
Mi pobre pecho gritó!
Y una voz le contestó...
¡Sufrir á un tiempo y gozar!
Que es el amor de tal suerte
Tan encontrado en sí mismo...
¡Que á un tiempo es cumbre y abismo!
¡Que á un tiempo es vida y es muerte!

¿No es verdad que la anterior composición es muy bella?

Pues leed la siguiente, seguros de que habrá de agrardaros su pensamiento, aunque hallan tenido que emplearse veintiseis renglones para expresarlo.

Semejanza.

Poderoso y rugiente
Te levantas ¡oh mar! de tu hondo asiento
Y presentas la frente
Al huracán violento
Que al besarla conmueve tu cimiento!
Y te alzas iracundo,
Contra la dura roca impetuoso
Queriendo conquistar el ancho mundo.
Para envolverlo en lóbrego reposo
Be tu líquido seno en lo profundo!
Y aunque en tu ayuda llamas
Al vendabal furioso que te impele,
La roca te repele
Trocando en vano espuma tu grandeza;
Y otra vez y otra vez vuelves airado
Con infernal fiereza

Queriendo conquistar el muro fuerte,
Y otra vez y otra vez la roca inerte
Deja tu afán burlado...
Y al romper tu oleada
Rápida te hace huir avergonzada!
¡Oh mar! ¿de qué te sirve tu violencia
Si ves frustrado tu insensato intento?
Se me figura viendo tu impotencia,
Que eres... el pensamiento
Luchando por ahogar á la conciencia!!

Terminaremos estos ligeros apuntes dando á nuestro amigo la enhorabuena por sus adelantos, y deseando obtenga el mejor resultado á que un libro puede hacerse acreedor en Málaga.

NOTAS.

Suplicamos á aquellos de nuestros colegas de fuera, que reproducen trabajos de la ANDALUCIA, que ya que no tienen la atención de decir de dónde los toman, á lo menos no tengan también la osadía de darlos como anónimos, cuando van firmados, privando de este modo á sus respectivos autores de un derecho tan legítimo.

Digo, nos parece.

Anunciamos al público con el mayor gusto que el señor Osés ha sacado fotografías de algunos de los objetos presentados en la Exposición de Arte retrospectivo celebrada en esta capital, con la idea de poner á la venta tan curiosas targetas.

Dados los infinitos adelantos que dicho señor Osés ofrece de día en día en el arte que posee, no dudamos de la bondad de estas fotografías, que por el pensamiento de completa actualidad que entrañan, serán adquiridas por el público cuantas salgan á luz.

Ayer pasó por esta ciudad con dirección á Almería, de regreso de su viaje á Granada, nuestro muy querido amigo el conocido poeta don Plácido Langle.

CHARADA.

De lo que llueve y nada
Se compone el total de mi charada.

SOLUCION Á LA INSERTA EN EL NÚMERO 40.

PA-PA.

ACERTIJO

Soy de sorpresa
exclamación;
sin ser de España
soy español;
estando preso
canto en prisión;
vivo en la tierra
vuelo hasta el sol,



REVISTA SEMANAL AUSTRADA

— DE —

Literatura y Artes

DIRECTOR D^º JOSÉ M^º ALCALDE.



PENSAMIENTO: Una puerta cerrada puede compararse á una hoja de papel en blanco; pueden llegar á encerrar un mundo de cosas.

Núm. 44.—Málaga 2 de Octubre de 1881.

SUMARIO.

Estudios de cerámica, por don Antonio Almagro Cárdenas.—Una historia maravillosa, por don Juan J. Relosillas.—A la libertad, (oda) por don Antonio Alcalde Valladares.—Soneto, por don José Zorrilla.—Tragedia (soneto) por don José María Alcalde.—Hilda, por don S. J. Nombela.—La modista, por don Manuel Pérez de Aranda.—Charada.—Soluciones.—Grabado, por R. de Torres.

ESTUDIOS DE CERÁMICA.

DOS JARRONES HISPANO-MUSULMANES,

PROPIEDAD DE

D. ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN.

(CONCLUSION.)

III.

Comenzando por el de mayores dimensiones son en él muy de notar: en primer término, los adornos que revisten la superficie poliedrica de su cuello. Sus remates en forma de media luna acusan una época relativamente posterior á la del jarrón del museo de la Alhambra que mencionamos con anterioridad. Este simbolo ó emblema; aunque fundado en una leyenda del Koran, no principió á adornar los objetos del arte árabe sino desde tiempo de la casa otomana que la tomó por emblema de sus banderas; y sabido es que los turcos no aparecen en el mapa político de Europa hasta el principio de la edad moderna.

A propósito de esto, y en confirmacion de nuestra doctrina, advertiremos la completa carencia de este signo, que no se hecha de ver en los adornos de la Alhambra y demás alcázares de Granada anteriores á la citada época, en los que se encuentran adornos de todas clases: hojas, cintas y flores, pero no se halla una sola media luna.

Continuando el examen comenzado, debemos ahora llamar la atencion sobre la faja que sirve como de base al cuello poliedrico del jarrón. Hay en ella una leyenda, en caracteres africanos, cuyas letras no se hallan hechas con grande perfeccion, pero al momento puede echarse de ver en el estilo de los trazos que pertenece á los últimos tiempos de la monarquía Nazarita, pues se aparta bastante del *nesqui* en que se hallan escritos los letreros de la Alhambra, y difiere poco del moderno africano, usado en sus escritos por los actuales marroquies. El contenido de la leyenda es como sigue: (1)

«Bendito aquel que viste todo jardín en la primavera.»

Ofrécesenos despues el estudio de la parte superior de la cavidad ó vientre, adornada con una elegante combinacion de signos, en cuyos centros se osenta, como el mejor argumento de nuestra opinion sobre la procedencia granadina de los jarrones, el escudo de los Alhamares con la empresa. (2)

«Solo Dios es vencedor.»

Inmediatamente despues y siguiendo el orden de arriba á bajo corre una faja con la inscripcion

(1) Véase el testo árabe en la 1.^a plana, núm. 4.^o a, del n.^o 43.

(2) Véase el testo árabe en la 1.^a plana, núm. 1.^o b, del n.^o 43.

siguiente, de difícil lectura, no por la mala conservacion de las letras sino por el poco esmero con que han sido trazadas. Dice así. (1)

«Si por la mañana no hubieses hecho la ablucion, ó por la tarde te hubieses quedado sin practicar la *salá*, no vengas á percibir el aroma de estas flores ¡Ay de aquel que con aliento impuro arroja del seno de alguna flor el alma de una de las huris purificadas del paraíso!»

Es muy de notar esta leyenda, pues ofrece un caracter completamente distinto al de las de idéntica lengua que adornan las paredes de la Alhambra y otros alcázares de Granada. Esa espiritualidad que se nota en la inscripcion que acabamos de traducir, esa elevacion de miras, ese poeta que se descubre á través de la fantástica nube de sus imágenes, no puede ser un vate del siglo de oro de la literatura arábigo-granadina, época en que el sensualismo musulman se presentaba con todo su refinamiento y el poeta no tenia tiempo ni voluntad de levantar los ojos al cielo, entretenido como se hallaba en preparar, para aquella sociedad, una combinacion rara é intrincada que recreara sus oidos y le recordara tan solo los efimeros placeres del mundo. Pero el autor que se vislumbra entre las espirituales sentencias de tan poético discurso no es de esta clase ni lo pudo ser. Debió ser este: ó un cristiano que hubiera renegado y héchose musulman y que al escribir se acordase de su religion primera y del Paraíso de Jesús, ó un Mahometano en cuya alma hubiesen ya penetrado los benéficos influjos de la elevada y espiritual doctrina del Crucificado. (2)

Lo restante del jarrón, la parte inferior y sus dos asas no ofrece cosa digna de mencion especial. El intrincado laberinto de hojas y labores que la adornan (3) son de idéntico caracter y dibujo que los adornos de encintados y follage que con tanta abundancia se ven adornando las paredes del régio alcázar de los Alhamares, y vienen á apoyar con un nuevo argumento la opinion que sentamos anteriormente, sobre el lugar donde habian sido contruidos los jarrones.

Con esto terminamos el estudio del primero de nuestros dos ejemplares y pasamos al del segundo.

IV.

De un caracter completamente distinto al del primero es el segundo ejemplar. Su forma ahuevada ó ovallo distingue á primera vista del otro vaso, cuya construccion se desenvuelve sobre el tipo cónico. Las combinaciones geométricas que adornan su superficie, perfectamente distinta del laberinto de hojas y cintas que revisten la del otro. Las representaciones animales que se echan de ver en sus asas (4) y, finalmente, el aspecto cu-

(1) Véase el testo árabe en la 1.^a plana, núm. 4.^o c, del n.^o 43.

(2) Debemos notar que la Sociedad del Reyno Granadino en los últimos años, tenia mas de hispano-cristiana que de musulmana. El mayor número de sus habitantes eran cristianos renegados que se huian del territorio castellano y á su cuidado estaban las artes y las letras, para cuyo cultivo no tenia paciencia el musulman ya fuese árabe ó beréber, mas aficionado á las armas que á las artes ni la paz.

(3) Estas combinaciones de hojas y cintas con que se adornan los objetos de cerámica musulmana, indican la procedencia persa de esta clase de estilo. Los persas veneraban al tulipan, el ciprés y el pino y por eso vemos en los adornos de los vasos árabes hojas de tulipan fantaseadas y labores en forma de cipreses y pinas.

(4) En algunos pueblos de Oriente se veneran á las cu-lebras y en otros se toman como símbolos de la medicina. Quizás se querría que sirviesen, colocando sus figuras en las asas del jarrón, para que librasen de enfermedad á quien quisiera tomar de el liquido con que saciar su sed.

feiforme de sus inscripciones, completamente distintas de las que espusimos y vertimos con anterioridad, que están escritas en africano, todo esto acusa que su diseño no fué dado por el que trazó el del ejemplar de que hicimos anterior mención, si bien de aquí no se puede deducir que su construcción sea de una época distinta, ni aun nos atreveríamos á afirmar que hubiese sido verificada en fábrica diferente. A sostener esta idea nos induce la naturaleza de los colores idéntica en ambos; la clase idéntica en los dos del esmalte plumbo-stañífero que reviste su superficie y principalmente y sobre todo á un detalle en él muy digno de notar.

Nos referimos á una y la principal de las inscripciones que lo adornan. A más de la que rodea la parte inferior de su cuello en el que se leen las conocidas palabras: (1)

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso.»

Y de la que está escrita en el intervalo que deja el cruzamiento de los ángulos á saber: (2)

«La prosperidad.»

Léese en una faja que lo divide casi por enmedio la siguiente notable sentencia: (3)

«¡Oh tú que miras estas flores, cuya hermosa blancura se asemeja á la luz de la aurora y sus rojas tintas á las de la puesta del sol. Eleva tu vista al cielo y recuerda el jardín del Islam.»

Ahora bien: ¿quién pondrá en duda que el pensamiento anterior fué parto de la misma inteligencia que dió á luz el que vertimos y estudiamos al ocuparnos del otro ejemplar? Nadie por cierto: Idéntico es su carácter, uno solo debe también de ser su autor. En esta consideración nos apoyábase principalmente al afirmar que los dos ejemplares serian construidos en el mismo tiempo y fábrica, aun cuando diseñados por personas distintas siendo, como se deduce, uno solo y el mismo el compositor de las sentencias que adornan á ambos.

Vamos á concluir pero antes nos parece oportuno condensar en breves palabras la doctrina que acabamos de exponer. Después de demostrar en el exordio la grande utilidad de los estudios arqueológicos-cerámicos en general y muy especialmente de los de la cerámica árabe, procedemos á demostrar los extremos indicados en la proposición y los dejamos sentados en los términos que siguen: 1.º Han existido fábricas de alfarería en Granada durante la dominación árabe. 2.º Los objetos de cerámica sobre que versa nuestro estudio proceden de ellas. 3.º Estos debieron ser construidos en las postrimerias del reino granadino y tal vez por un cristiano renegado.

Tales han sido las consideraciones que nos ha parecido conveniente hacer sobre estos dos notabilísimos objetos de cerámica hispano musulmana. Mucho más y mejores cosas se hubieran podido decir sobre este asunto; pero ya que no lo hayamos desarrollado como se merece, al menos nos cabe la honra de haber dado á conocer al mundo científico, estas dos joyas del arte cerámico y abrir el campo para que otros hablen sobre las mismas con mayor acierto y doctrina que las que nosotros hemos demostrado en el trabajo que acabamos de terminar é ilustren esta materia, tan poco cultivada de nuestros sábios, con luminosos escritos que esclarezcan la ciencia y llenen de gloria á la madre pátria.

ANTONIO ALMAGRO CÁRDENAS.

UNA HISTORIA MARAVILLOSA.

I.

Estábamos á 30 de Julio y hacía un calor insupportable. El termómetro sudaba prosaicamente como un ganapan, y los débiles mortales se reian de las calderas de Pedro Botero, menos hirvientes, sin duda, que el aire que á grandes ráfagas inflamadas corría llevando la asfixia y el letargo por todas partes.

El día 30, es para los miembros de la Bohemia lo que la espada de Damocles, la maza de Fraga, la clava de Hércules y todos aquellos instrumentos á quienes la historia dá un tremendo valor cortante ó *apabullante*;—si la Academia no se subleva ante vocablo tan nuevo y atrevido.

El día 30 se dan cita á la puerta de nuestras bohordillas todos los *ingleses* que durante el mes han subido incesantemente y en balde, nuestras escaleras.

Siempre fué la soberbia Albion, país odiado de los que del Arte ó de las Letras viven!

Pero entre todos los que atacan en brecha nuestros domicilios, uno es el mas temido y el mas implacable. El casero, en efecto, es el hombre que hace intranquilos nuestros sueños, y amargas nuestras boras de reposo.

Nada le conmueve, nada le persuade, y para engañar á un *inglés casero* se necesita ser graduado en Salamauca, segun tienen desarrollado el sentimiento de la defensa y de la precaucion.

¡Quién, apesar de ello, fuera casero!

Durante nuestras horas de delicioso sueño, cuando contemplamos á nuestra espalda las fatigas pasadas, y delante de nuestros ojos hay un porvenir de comodidades y alegrías, cada quisque *homo quidam*,—soltando riendas al deseo, llega á figurarse que ya la suerte le ha puesto en plena posesion de su ideal.

Uno se vé aclamado como el mejor actor que vestido de rey, de héroe ó de semi-dios, ha pisado tablas escénicas, desde que hay proscenio y bastidores, y detrás de estos, dramas realistas, tragedias llenas de fatalismo é idilios poblados de bailarinas mas ó menos esculturales.

Otro, llevado en alas de la noble ambicion á los mas elevados puestos de la política; cree gobernar la Europa haciendo felices á los pueblos y haciéndose á sí propio feliz, con presidir, siquiera durante un año económico, el cobro de las contribuciones.

Aquel que siente arder en su cabeza la llama poderosa de esa terciaria rítmica que nombran poesía, figúrase que vé su nombre ensalzado por las generaciones, su cabeza coronada con el laurel inmarchitable, y sus arcas repletas del oro que fieles editores—*rara avis in terra*—le han hecho ganar, difundiendo sus obras por todo el orbe.

Yo, á quien sin duda aconseja un duende sibarita y barrigon, dejo á la humanidad que discurre empuerrada en esas filosofías abtrusas, y en medio de las risas y de los epigramas de los que vagan por los espacios ilusorios de la fama y de la notoriedad, me vengo modestamente aquí á la tierra, y sueño con ser lisa y llanamente casero.

Confieso que esta idea me seduce hasta el punto de pensar con fruicion en los *Siete niños de Ecija*, para disculpar sus abominables campañas. ¡Quién sabe—digo algunas veces—si su ideal seria llegar á ser caseros!

Un casero es el sacerdote de la religion del metafísico, la mas importante rueda social, fuente y principio de todos los poderes del Estado, *alpha* y *omega* de la política y de la administracion.

(1) Véase el texto árabe en la 1.ª plana, núm. 2, a, del n.º 43.

(2) Véase el texto árabe en la 1.ª plana, núm. 2, b, del n.º 43.

(3) Véase el texto árabe en la 1.ª plana, núm. 2, c, del n.º 43.

ALBUM.

Á LA LIBERTAD.

ODA (1)

A MI QUERIDÍSIMO PRIMO DON JOSÉ MARIA ALCALDE.

Nunca la noche lóbrega y sombría
Pudo ahogar en los pliegues de su manto,
La luz brillante de tu hermoso día
Ni el resplandor de tu risueño encanto:
Nunca sobre tu seno,
Puro como el aliento del ambiente
Que á veces gime sobre el mar sereno,
Pudo la rabia loca,
Que siempre en la virtud su diente clava,
Sobre tus láuros estampar su boca
Ni salpicarte con su inmunda baba.

Jamás en la impotencia
Con que revela el corazón gastado
El secreto fatal de su influencia,
Pudo enfrenar cobarde
Tu mágico ardimiento,
Ni ahogar la luz que en tus altares arde,
Ni empañar tu pureza con su aliento.

Desde el rincón oscuro
Donde las dudas de mi suerte sigo
Envuelta en las miserias de la vida,
Que á veces miro caminar contigo
Con la esperanza herida,
Hermosa libertad, yo te bendigo.

¡Cuántos en tus despojos
Eternas penas para siempre vieron
Y aún lágrimas quizás para sus ojos!
¡Cuántos te aborrecieron
Y de su saña en el funesto lujo
Escribieron con sangre tu reinado,
Atribuyendo á su fatal influjo
Los males del presente y del pasado!
¡Cuántos también con intención impía
Quisieron marchitar tus esperanzas
Con fiera alevosía,
Y en las tristes mudanzas
Que impone la fortuna, hasta el veneno
Hacerte ¡ay! apurar villanamente
Arrastrando tus glorias por el cieno
Y arrojando calumnias á tu frente.

Mas, ¿qué te importa el huracán bravo
Ni el trueno horrible que en sus alas ruge,
Ni el rayo que se engendra en el vacío
Ni el vasto incendio que á tus plantas cruje,
Ni qué, el eterno encono
De los que siempre ven tras de tus huellas
Odiosidad y sangre y abandono,
E inagotable fuente de querellas?

De los que al ver tras su dorado encaje
Aparecer tu aurora y su misterio,
Del horizonte azul entre el celaje
Desdeñan el imperio
Que ejerces en el mundo, y te maldicen
Sin ver lo que tú vales
A pesar del horror que te rodea.

¡Qué culpa tienes tú de nuestros males

Ni que el hombre te admire y no te crea!

Con tu grandioso manto,
Azote siempre del tirano impío,
Escudo salvador, lábaro santo,
¿No estendiste tu inmenso poderío
A todos los confines de la tierra?
Con él embelleciste al Capitolio,
Por él Cartago llora entre ruinas.
La gloria brota del britano sólio,
El capitán del siglo muere errante,
Eternizas las glorias numantinas
Y traspasas las olas del Atlante.

¡Oh noble España! Tu valor acaso
Puede temer de tan fecunda idea
La luz sublime ni el divino paso!
¿Su rayo no hermosea
El sentimiento grande de la historia
Que llena el alma de su ardor profundo?
¿Acaso, pues, la libertad y gloria
No pueden hermanarse en este mundo?
¡Hermosa libertad!... tras el ruido
Que en tu marcha triunfante siempre llevas,
Ni tu beldad ni tu virtud olvido:
No importa que conmuevas
Las naciones con él y los imperios
Que acaso se estremecen á tu nombre
Presintiendo su muerte ó su ruina
Y es porque abusa de tu gloria el hombre
Y mide el bien por su pasión mezquina.

Es cierto, sí; que en nuestra eterna lucha
El principio y la fé no se respetan
Ni se rinde homenaje á la justicia.
Las almas al honor no se sugetan,
Y apenas tus albores
Asoman, libertad, ya la malicia
Convierte tus venturas en horrores,
Torna en venganzas tus valientes bríos,
La quietud de los pueblos amenaza,
Hace tuyos sus locos estravíos
Y á tu sombra las leyes despedaza.

¡Ay! cuando el sol de la verdad preclaro
Nuestra obcecada mente fecundice
Y se acoja también bajo tu amparo
El que en oscura soledad maldice
Tus fulgidos reflejos,
Ya en una vida de profunda calma
Tal vez podremos divisar de lejos
El suspirado porvenir del alma.

Tal vez entonces la virtud querida
Con ábito profundo,
En su feliz y rápida partida
Lleve la paz y la ventura al mundo.
Quizás cuando te vean
Hermosa y pura relucir entre ellos,
Los hombres ya te crean
Y admiren tus magníficos destellos.

En la anchurosa tierra
Qué inspiración profunda
No partió de tu fé?... ¡Oh cuánto encierra
Dé grande acaso, cuánta luz fecunda
Sobre su faz se agita
En tí el amor lo bebe:

Y aún la creadora mente que palpita
A ti también su inspiración te debe!
¡Oh! ¿No aspiraron tu divino aroma
En Navarino, Grecia,
Y los potentes Cónsules en Roma?
¿No llevastes al alma de Lucrecia
La virtud y el amor?... ¿No fuiste amada

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio, consistente en una pluma de plata, en los Juegos Florales celebrados en Santiago de Galicia el 25 de Julio de 1880, y formará parte del libro próximo á publicarse del mismo autor, «Hojas de Laurel.»

De la hermosa Virginia que no quiso
Vivir sin libertad? ¿En tus altares
Caton no halló para su muerte encanto?
¿No dedicó la Estrella de los mares
Por tí á Israel su inolvidable canto?
Cuando escuchó llorar entre cadenas
A su pátria infeliz esclavizada
Por el soberbio vencedor de Atenas,
Leonidas potente,
No te invocó con entusiasmo ciego,
Muriendo en las Termópilas valiente
Al noble impulso de tu sacro fuego.
Cuando tu estrella comenzó á eclipsarse.
Y tu brillante luz miraba á Italia,
Bajo el cetro de César apagarse,
El poeta de Córdoba no gime,
Llorándote en los campos de Pharsalia
Con su divina inspiración sublime?

Tu espíritu no inflama
Al Justicia infeliz, que en su delirio
Tu santo imperio en Aragon aclama
Entre el dolor horrible del martirio?

Tu mágica bandera desplegando,
Padilla acaso en Villalar no sella
Con su sangre tu amor allí espirando
Abrazado en su júbilo con ella?

Pero cómo olvidar lo que tú vales,
Ni tu grandeza que celebra el suelo
En himnos celestiales!

Tal vez por eso en el profundo duelo,
Cuando en sus horas últimas sentía
Su cuerpo reclinarse en el sudario,
En el ronco estertor de su agonía
Cristo te proclamó desde el Calvario!

¡Oh! yo te admiro, y en mi afán á veces
Te canto con el alma, y te deseo
El altar en la pátria que mereces.

Yo tus grandezas creo,
Comprendo tu bondad, mas no te asombres
Que siempre que tus rayos se divisen
Al ostentar su ingratitud los hombres,
Ciegos tus glorias y virtudes pisen.
Jamás mi corazón vertió su llanto
Sino en aras del bien que tú prodigas,
Cuando te cubres con tu régio manto,
Tú sus penas mitigas,
Alientas su valor, y si indeciso
Se muestra á tu esplendor, lleno de encantos,
Le enseñas en tu amor un paraíso.

Ven libertad, que mi cariño ardiente
Beba tu gloria, tu candor aspire,
Que tus alas se claven en mi frente
Como el beso de amor que nos inspire.

Ven libertad, y encarna el sentimiento
En nuestro pecho que ardoroso exhala
Tu perfumado aliento;

Con él al par el corazón herido,
Su espíritu cansado vivifica,
Y al reanimar su porvenir perdido
Las creencias del alma purifica.

Ten y no tardes, que el placer destella
Dentro del alma que tu bien evoca,
Ven y no tardes que tu lumbre bella
Fulgura mucho más cuando se toca.

Mas no, detente: el corazón mezquino
Del hombre, vé tu varonil firmeza;
Pero llena de espigas tu camino
Y te arroja á la cara tu flaqueza.

Vé en tu verdad su apetecido centro,
Nivela su cariño con tu honra,
Entusiasmado corre hasta tu encuentro
Y en sus brazos te estrecha y te deshonra.

Detente libertad, tu santo imperio
La sociedad en su furor respeta
Como admira y celebra tu misterio:

Siempre fué la ilusión ¡ay! del poeta
Cantar tu gloria y bendecir tu nombre,
Por mas que sienta de dolor transido
Generosa deidad, que siempre has sido
Tan grande tú como pequeño el hombre.
Mientras te invoque en miserable orgía
Y atruene con tus cánticos la tierra,
Y en bárbara anarquía
Y atroz desórden te declare guerra,
No vengas, libertad deten el paso
Que en otro tiempo tus radiantes galas
Podrás lucir acaso

Y extender por los ámbitos tus alas.

No vengas como sombra del ultraje
Sin abrir al escándalo tus ojos
Ni manches tu purísimo ropaje
De noble sangre entre vapores rojos.
Con frenético ardor tal vez mañana
Oirás en medio á tu dolor profundo
El grito de la plebe soberana
Que te proclama, emperatriz del mundo;
No cedas al engaño, esquivas el dolo:
Quita á tus ojos la importuna venda,
Y ven, hermosa libertad, tan solo
Cuando el hombre te lllore y te comprenda.

ANTONIO ALCALDE VALLADARES.

SONETO.

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
Hasta que por los bordes se derrame,
Y un vaso inmenso y corpulento dame
Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso
En són medroso la tormenta brame,
Y el peregrino á nuestra puerta llame
Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;
Deja que el recio vendabal sin tino
Con ráuda inundación tale y arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,
A mí, con tu perdón cambiando frase,
No me acomoda caminar sin vino.

José ZORRILLA.

TRAGEDIA.

Era una estancia bella y fastuosa,
Del gusto *anglo-francés*, joya preciada.
Sobre un diván, se encuentra reclinada
Junto á su amante, meretriz hermosa.

Ella, contémpala pálida y llorosa
Rico estúche que arroja contrariada.
Levántase el galán, ella alterada
Lo estrecha con dolor y dice anciosa:

—¿Conque nunca, mi bien, volveré á verte!—
—Me impone tal deber el Yugo santo,
Él le replica, la separa fuerte

Y al salvar la escalera, con espanto,
Mira su cuerpo sobre el patio, inerte,
Y esclama con pavor—¿Se quiere tanto...!!—

José M.º ALCALDE.

El casero es sacrificado y sacrificador, víctima y verdugo, gastrónomo y comestible; tan pronto está en el Capitolio como en las letrinas, y este tira y afloja, este claro-oscuro de la fortuna, me enamora y me seduce.

Hay un empréstito nacional forzoso: el casero vá de acá para allá, aturdido, jadeante, porque ha de suscribirse por el cincuenta por ciento su capital imponible. Es víctima, tiene todas las miradas, todo el interés de la sociedad; le siguen por todas partes murmullos de admiración, le señalan mil dedos elocuentes que dicen, *ahí vá!* Entonces habla bajo, con frase entrecortada; revisa con ademán febril todos los periódicos que halla á mano; devora—esta es la frase—con sus estirados ojos, la cotización oficial de los valores públicos, queriendo adivinar por las oscilaciones de la Bolsa los planes del Gobierno.

¡Oh! y cuan grande acto es ese de escudriñar el porvenir, en el alza ó baja del consolidado! ¡Y el vulgo nada de esto conoce, nada de esto aprecia, como esos groseros paladares que dejan pasar suculentos bocados sin una exclamación, sin un elogio!

Es indudable; ser casero es mejor que ser baja de tres colas, ó mandarin de prolongado rabo—esas grandes personificaciones del poder.—Y apesar de ello, hay quien no quiere ser casero, y suspira por otras bagatelas. ¡Cuán arbitrario es el gusto!

Todo esto, y algo más que no es del caso, pensaba yo el susodicho día 30 de Julio, mientras el terral paseaba su aliento de fragua por las calles solitarias, y mientras se me ocurría una medida salvadora que viniese á restablecer la armonía entre mi casero y yo.

Pero es el caso, que las ideas veraneaban á la sazón y ni una sola que tuviese las condiciones de plan y de plan aceptable, aparecía en las microscópicas celdillas de la materia gris, donde el alma se aloja, segun el parecer de reputados sábios que no saben una palabra de esto.

Me contentaba con mirar alternativamente al cielo azul, y á mis botas, que iban aceleradamente hácia el ocaso de su efímera y prosáica vida.

Las nubes cruzaban el espacio con aire indiferente, siguiendo los caprichosos giros del viento, sin que les afectasen lo mas mínimo mis apuros ni mi perplejidad.

Yo no sé si fué efecto del calor, pero la verdad es que sentí sueño, un sueño pesado é insistente.

Recosté mi cabeza sobre el púpitre, que se resintió muy de veras de tanta familiaridad y quedé como aletargado.

De repente, oí como un quejido; rumor débil que tenía algo de metálico, y algo de humano, y que llamó poderosamente mi atención.

Sin conseguir despertarme del todo, tan insólito rumor disipó un tanto mi modorra y comprendí que salía de mi tintero.

El caso era grave. Yo, que creo en muy pocas cosas, no creo tampoco en trasgos, aparecidos, ni duendes, pero entonces no me fué posible dudar. En mi tintero se quejaba alguien. Yo lo había oído, y esto, aunque no me infundió miedo, despertó toda mi curiosidad de gacetillero.

Abri desmesuradamente los turbios ojos y distinguí los puntos de mi pluma, que se agitaban como se agitan las alas del grillo cuando lanza su molesta y aguda cantinela.

Presté atención, y mi pluma empezó á hablar en un castizo español, que muchos escritores—y yo el primero—habrían de envidiarle, y que no podré copiar, seguramente.

La aventura iba revistiendo unas formas sobrenaturales, que yo encontraba deliciosas.

Tomé, pues, el partido de escuchar, en cuanto mi sueño me lo permitia, y hé aqui lo que oí:

(Continuará.)

JUAN J. RELOSILLAS.

HILDA.

BALADA.

Á LA SRTA. DOÑA A. B.

I.

Presta atención por un instante mi cariñosa amiga á las palabras que salen de mis labios, y abre tu corazón á las emociones que quiero hacerte experimentar.

II.

Hilda era una hermosa jóven nacida en la ribera del Aar, en el condado de Abspurg; sus cabellos eran rubios, sus ojos azules como el cielo, su rostro copiaba las tintas de la azucena y de la rosa, su aspecto humilde y candoroso mostraba la inocencia de su corazón.

III.

Hilda amaba con la pureza y entusiasmo del primer amor á Guillermo, militar de seductores ojos, airoso talle y marcial continente.

IV.

Guillermo era la envidia de todos los jóvenes del condado que habían tenido la suerte de mirar una sola vez la hermosura de Hilda, y hasta el mismo señor de Abspurg había codiciado el amor de la jóven.

V.

Guillermo la había contemplado, y su vista había encendido la llama del amor en su pecho, se atrevió á confiarle su pasión con las palabras del sentimiento, y la jóven la acogió cariñosa para premiarla con su amor.

VI.

El ángel había unido sus almas con sempiterno lazo; sus dos corazones eran uno solo. Hilda no vivía sin Guillermo, y el enamorado mancebo no vivía sin Hilda.

VII.

Su tierna madre había comprendido los sentimientos que abrigaban y protegía su amor. Guillermo había logrado la simpatía de la madre de Hilda.

VIII.

Hilda era feliz; pero un día que atravesaba un frondoso bosque acompañada de su leal perro, oyó un ay doloroso que salía de una calle de arbustos contigua. Los ayes se repitieron redoblándose su intensidad.

IX.

Un sentimiento de compasión la arrastra hácia el lugar de donde salen los lastimeros quejidos. El deseo de proteger á un desgraciado se apodera de su corazón, y llega hasta el pié de un copudo nogal.

X.

Tendido sobre el mullido césped y todo ensangrentado encuentra á un peregrino de tostado semblante y como de unos 30 años de existencia.

XI.

—¿Qué os pasa? le pregunta; ¿quién ha esgrimido contra vos el puñal homicida?... Mas vuestra sangre corre: dejad que la restañe.

XII.

—Bien venida seas, hermosa jóven, dice con apagada voz el peregrino, bien venida, mi providencia y mi consuelo. Unos bandidos que al sentir vuestros pasos se han fugado hundieron en mi pecho su puñal; pero vuestra vista y vuestro cuidado me devolverán la salud y la vida.

XIII.

—Venid, venid: ya he restañado la sangre de vuestra herida y la he cubierto con mi cendal; haced un esfuerzo; apoyaos y os conduciré á mi morada no lejana de estos parajes; allí hallareis un lecho en donde descansar.

XIV.

El peregrino se levanta ayudado por Hilda; apóyase en su brazo y en el fuerte bordon, y con pausado andar se encaminan hácia el modesto albergue de la inocente jóven.

XV.

Los aullidos del perro anuncian á la madre la llegada de su hija: sale á su encuentro, escucha de sus labios cuanto le ha sucedido, se duele de la desgracia del herido viajero, y ofreciéndole nuevamente su vivienda, le conducen á una estancia retirada, donde hay un lecho limpio y cómodo. Instante á que lo ocupe, y despues de aplicar á su herida eficaces remedios, se retiran dejándole en deliciosa quietud.

XVI.

La noche habia tendido su oscuro manto, y los habitantes del condado de Abspurg comenzaban á cerrar las puertas de sus hogares. Hilda y su madre desean reposar.

XVII.

Dejan cerca del peregrino á un pobre espósito que habian recogido por caridad, y se dirigen al lugar de su lecho.

XVIII.

Hilda penetra en su morada, entorna las hojas de la puerta, se recuesta en su lecho y se queda dormida. El leal perro está tendido á los piés de su ama.

XIX.

Es ya la media noche: Hilda despierta; ha sentido crujir los goznes de la puerta de su estancia. Un temblor repentino se apodera de sus miembros.

XX.

En sus ensueños ha visto al peregrino abandonar el lecho, dirigirse con lento paso al lado suyo, y al despertar, el ruido que percibe renueva sus celos.

XXI.

Lucha entre el amor y la ansiedad: vence esta: entreabre sus ojos y lo primero que descubre es el semblante del peregrino.

XXII.

Quiere gritar pero la voz espira entre sus labios. Poco tiempo despues escucha una voz sorda.

XXIII.

—No temas, Hilda hermosa, ni te asuste mi presencia en este sitio y á estas horas. Yo no debo engañarte por mas tiempo: ni soy un peregrino, ni es mi sangre la que has visto correr. Cuanto ha pasado solo ha sido un ardid. Mirame, Hilda, reconóceme: el altivo señor está á los piés de su vasallo.

XXIV.

Hilda vuelve á entreabrir sus ojos y reconoce en él al señor del condado de Abspurg... Quiere hablar, y de nuevo espira la voz entre sus labios.

XXV.

No hacia mucho que al encontrarla en la ribera del Aar, le habia mostrado su pasion y ella le habia pagado con el desprecio. Entónces juró vengarse, y su venganza debia ser terrible. Hilda se estremeció.

XXXI.

—Ah! no te mueven, prosiguió el peregrino, no te mueven mis súplicas! sigues dispuesta á despreciar mi amor! Pues bien, teme mi enojo. Si he cubierto mi cuerpo con estos miserables vestidos, si he trocado mi poderío de señor feudal por la humildad de un peregrino, ha sido por lograr esta ocasion. Estás en mi dominio y tú misma vás á dictar tu sentencia... ¿Me amas?...

XXVII.

Hilda cobra aliento y valor. No, no, le dice, sois un cobarde, un vil: antes de amaros consiento perecer: yo misma me daré la muerte.

XXVIII.

—¿No accedes? Bien está: ya no quiero rogarte: mas escucha, tampoco amarás á Guillermo. Guillermo ha sido preso por mis buenos vasallos y se halla en mi poder no muy léjos de aquí. Con solo que yo acerque á mis labios esta vocina, tu amante dejará de existir: con que decidete. Amame, y vivirá; si te resistes, morirá y serás mía.

XXIX.

El corazon de Hilda se oprime nuevamente; quiere hablar y no puede; desea levantarse del lecho y una fuerza superior la sujeta. Su pecho late con violencia... su respiracion se acorta... Lanza un suspiro que se ahoga en sus labios, y cae desmayada. Su desmayo aumenta su hermosura; el encanto de su rostro es irresistible.

XXX.

Hilda vuelve en sí, respira, y su respiracion se encuentra con la del peregrino; quiere mover sus brazos, y los siente sujetos... pugna por desasirse... lucha... se revuelve... siente que imprimen un ósculo en su frente... dá un grito y... se despierta.

XXXI.

Era la siesta, Hilda habia reclinado la cabeza en el regazo de su madre y habia soñado. Tiende la vista, y contempla no lejos á su amante; lleva los índices á sus ojos todavia asustada con el recuerdo de su pesadilla, y pregunta á su madre.

XXXII.

—Decidme: no he traído á un peregrino cubierto de heridas y todo ensangrentado?

—No. Hilda, hoy no te has separado de mi.

—Decís que nó? ¿Entónces quién hablaba con sorda voz?

—Nadie; tú lo has soñado. Guillermo y yo callábamos por no turbar tu sueño.

—¿Y quién sujetaba mis manos, quién ha besado mi frente...?

—Yo, yo he sido; te agitaba al parecer una horrible pesadilla; tu rostro se coloreaba repentinamente, y te besé.

—Ah! respiro ¡madre mía, ¡Qué horrible sueño me ha turbado.

XXXIII.

Hilda se tranquilizó; su madre besó de nuevo sus mejillas y comenzaron con Guillermo una plática alegre unidos por el lazo feliz de la simpatía.

XXXIV.

Poco tiempo despues, en una tarde del otoño, al volver Hilda á su morada, fué presa por unos enmascarados que la condujeron con el mayor sigilo hasta uno de los salones del castillo de Abspurg.

XXXV.

El señor del castillo le habia ofrecido su amor, y ella lo habia rechazado; el señor del castillo juró vengarse, y ya habia empezado su venganza.

XXXVI.

Un instante despues entró en la estancia donde estaba la jóven, la instó, y ella rehusó. Entónces oyó el sonido de una bocina y recordó su sueño.

XXXVII.

—¿Adonde está Guillermo? esclama con terror.

—Mírale, mírale, responde el conde haciéndola asomarse á una ventana. Guillermo estaba pendiente de una horca. Hilda retrocede horrorizada.

XXXVIII.

Entónces siente que una fuerza brutal la sujeta... Lucha... pugna, mas todo en balde; siente el fuego de un beso... grita... y ¡ay! no era aquel el beso de su adorada madre. Hilda habia sido deshonrada.

XXXIX.

Hilda abandona la estancia de su deshonor, corre al torrente que se despeña entre las rocas, y se lanza á sus aguas. Solo la muerte puede borrar su deshonor.

El sueño se había convertido en realidad.

S. J. NOMBELA.

LA MODISTA.

Triste cosa en verdad, la de tener que explicar el sentido verdadero en que se usa una palabra que solo tiene realmente un significado, para poder ocuparse de lo que á ella tiene referencia, sin que la imaginación del lector se estrapie por rumbos completamente opuestos á los que se propone seguir el que le dirige, en más ó ménos renglones y á quien sirven de entretenimiento, algunas de sus ideas. Triste, pero necesaria, dada la série de interpretaciones ordinariamente viciosas que se las dan, y de que tenemos que culpar casi en absoluto á los que, á favor de lograr el agrado del público aticionado á las emociones fuertes, sacando de esto mismo su provecho, no titubean al ofrecerle novelas sobre novelas en desnaturalizar hasta lo infinito los ya monstruosos hijos de su ingenio, so pretexto de que se presenten agrandando el estragado gusto de ese público, estragándolo cada vez más.

No es, por tanto, la modista de que yo me ocuparé, esa mujer jóven, linda, ambiciosa, vivaracha y de agudo ingenio, que tantos libros nos pintan con más ó ménos subido color, la que cautiva al jóven y al viejo, al pobre y al rico, al noble y al plebeyo; adaptándose con prodigiosa facilidad al carácter de su amante, sea quien sea, y que conoce á la primera ojeada, como el camaleón al color sobre que se le posa.

No; la modista que yo veo, en mucho mayor número por cierto que esa que llevando el mismo nombre es tan completamente opuesta, puede considerársela hasta como una verdadera heroína, puesto que en medio de las debilidades de su sexo, viviendo de esa necesidad que la tiranía de la moda impone á sus adeptas, en medio del fausto enloquecedor de las favorecidas de la fortuna..., ella, la que con su inimitable habilidad supo ocultar los defectos físicos de aquella elegante que recibe un cúmulo de atenciones tributo de la admiración que causa; ella, la que con sus delicados dedos semejantes á la pintada mariposa que salta de flor en flor sin marchitar nunca la más sensible de las corolas, plega, riza, arruga artísticamente las finas y ricas telas que tantas emociones despiertan en el corazón de las mujeres, y que vé con verdadera indiferencia sin ocurrirsele compararlas con el modesto percal de sus sencillos bestidos..., ella, se conserva sencilla, con la misma inocencia que tiene un niño de cinco años, mirando con sus hermosos ojos el revuelto oceano de los vicios sociales, sin querer nunca más que el exterior color de rosa que cubre tanta amargura íntima, del mismo modo que las rizadas y blancas espumas de las olas cubren la amargura de los mares.

Y es que, en la mas fastuosa ostentación del loco lujo femenino, no vé ella más que, ó una dilapidación tan inútil como ruinosa la mayor parte de las veces, ó la utilidad que la produce su trabajo y en concepto de honorarios, relativamente mezquinos, medio de atender á alguna necesidad, si ya nó de proporcionar á sí ó á los seres de ella dependientes, algun inocente goce, nunca supérfluos como los que únicamente se permite aquel que todo lo debe á su trabajo.

Por misteriosa intuición comprende que la tiranía de los hombres ha conminado á la mujer á la más desesperante de las condiciones, cual es, la del que exigiéndole cada día mayores deberes que cumplir, no se la amplian proporcionalmente los medios de acción. Y, sin embargo, no siente ni se desespera, sino que con una fuerza de voluntad gigante, estudia los mismos defectos de esa sociedad que la esclaviza, huye de ellos poniéndose á su servicio, y siempre con la sonrisa en los labios hace que sea indispensable su presencia, á pesar de que algunos débiles hombres como el artero cuclillo de la fábula, invadan sus dominios, tratando de prosperar con la industria hija solo de la imaginación de esta clase de mujeres.

Nadie como la modista es, ó puede considerarse como muda y elocuente protesta del egoísmo del hombre, que no se acuerda de la mujer sino en los momentos, en que haciéndose su esclavo la quisiera diosa, y siente no haber colocado antes á su disposición los elementos que la educación unida á su maravillosa inteligencia, le hubieran prestado y sido suficientes á operar el cambio.

Y, vedla, tras un día de penoso trabajo y rudo tragar, que ha soportado con complaciente estoicismo, sin acordarse de la monotonía que la reserva un día semejante para el siguiente; cuando esa cohorte de seres hastiados de eterna holganza, que ocultan su fastidio bajo oleadas de ricas joyas, preciadas telas y embriagadores perfumes; eso que se llama sociedad, con la vertiginosa locura que se llama vida de salón, se lanza frenética al decantado ejercicio de las prácticas sociales, á la eterna comedia en que los unos engañan á los otros, siendo engañados á su vez; cuando al estenderse las sombras empiezan ellos su día, cuando las obras de la modista llenan de orgullo á unos y á más de envidia..., ella, ignorante de esa clase de bastardos sentimientos, después de haber mimado á su anciana madre, si aun la queda el dulcísimo placer de hallarla á su lado, y cuidado algun doméstico animalillo en que reside no poco de su cariño, imitando á los pajarillos, de que tiene la alegría; cantando alguna romancilla de música ligera; reza alguna corta y sentida plegaria, y se oculta en su pobre y limpio cuartito, para levantarse como las citadas avecillas con los albores primeros del día á continuar contenta su eterna obra: la de protestar contra el olvido en que se tiene la educación de la mujer y la vulgar creencia en que se está, de que no tiene constancia ni condiciones morales bastantes para gozar ampliamente de los benéficos influjos de la libertad y la educación.

MANUEL P. DE ARANDA.

CHARADA.

Si *primera* con *segunda*
Tienen todas las cabezas,
No todas tienen gran cosa
De *segunda* y de *primera*.
Lucir quiero aquellas dos
Sin ser lo que las dos estas,
Aunque de tonto se sabe
No tuvo cosa de aquellas.

SOLUCION Á LA CHARADA INSERTA EN EL NÚM. ANTERIOR.

A-GUA-CE-RO

SOLUCION AL ACERTIJO INSERTO EN EL NUM. ANTERIOR.

CA-NA-RIO

CORREO DE ANDALUCIA.